

## **Tensiones entre filosofía y literatura. La escritura como práctica de una nueva imagen del pensamiento en Gilles Deleuze**

Enrique Álvarez Asiáin

Pensar la cuestión de la escritura en la obra de Gilles Deleuze exige una salida de los cauces habituales del pensamiento para dar lugar a los encuentros que nos fuerzan a pensar de otro modo. No a la manera que la tradición de la metafísica occidental ha establecido de acuerdo con los postulados de la imagen dogmática del pensamiento, sino creando una nueva forma de pensar que está íntimamente ligada a la apertura de la filosofía hacia otras formas de expresión creadora. En este sentido, la cuestión de la escritura se revela como un lugar de cruce y de encuentro entre el pensamiento filosófico y el literario.

En su búsqueda de una nueva imagen del pensamiento, de un nuevo modo de pensar que nos libere de los postulados del pensamiento de la representación, Deleuze se remite en primer lugar a la historia de la filosofía o, más bien, a ciertos pensadores relevantes de la misma que, sin embargo, adquieren bajo su interpretación una singularidad muy particular. La manera que tiene Deleuze de leer y entender a estos pensadores, entre los que podemos contar a Hume, Nietzsche, Bergson o Spinoza, no puede separarse del sentido de su propuesta filosófica, que en parte consiste precisamente en reivindicar los momentos en los que la filosofía se renueva y se torna creativa, aportando un cambio de perspectiva, un nuevo plano de pensamiento que funciona contra los postulados de la imagen dogmática. Los filósofos que Deleuze prefiere y elige son aquellos grandes creadores de conceptos que, con espíritu crítico, han logrado llevar el pensamiento siempre un poco más allá de su horizonte, dando lugar a nuevas posibilidades de sentido y evitando el cierre de la filosofía sobre sí misma. Por eso, los trabajos monográficos que Deleuze dedica a estos filósofos en los primeros años de su producción filosófica no son «obras menores», aunque también podríamos decir que lo son, justamente en el sentido que tiene «lo menor» para Deleuze (y Guattari): dibujan una historia de la filosofía totalmente atípica e inesperada, donde lo que más importa son aquellos raros pensadores que se empeñan en pervertir los principios sagrados de la filosofía, tales como la verdad, la identidad o la representación.

El hecho de que se refiera a la historia de la filosofía en sus primeros trabajos para trazar, tal vez, la genealogía de su propio pensamiento, no impide sin embargo que Deleuze sea sensible a otras disciplinas, entre las cuales la literatura recibe una especial atención, como lo atestigua la publicación de varios textos dedicados al tema a lo largo de su obra. En el primero de estos textos, que lleva por título *Proust y los signos*, Deleuze observa como Proust es capaz de erigir en su obra «una imagen del pensamiento que se opone a la de la filosofía». Porque, mientras la filosofía considera que el pensamiento puede concebirse como «el ejercicio natural de una facultad», para Proust el pensamiento sólo funciona a partir de una fuerza externa, es decir, sólo puede ponerse en movimiento empujado por una violencia que nos afecta desde el exterior, a partir de la cual uno se siente forzado, prácticamente obligado a ponerse a pensar. De ahí extraerá Deleuze uno de los motivos más importantes de su filosofía, según el cual pensar no puede tener su origen en la espontaneidad del «yo pienso» cartesiano, sino únicamente en la violencia de las fuerzas involuntarias que asaltan nuestras facultades. El pensamiento no comienza a pensar por sí mismo, sino sólo por el encuentro con los signos que nos afectan desde el *afuera* (afuera, entiéndase, del compuesto de las significaciones dominantes). Por eso nos dirá Deleuze, siguiendo a Proust, que al pensador le sienta tan bien el personaje del «celoso», en la medida en que se ve forzado a descifrar los signos que lo violentan, y también el del «idiota», porque al provocar una ruptura en relación con lo comúnmente admitido, está siempre como fuera de lugar, ignorante incluso de lo que todo el mundo sabe.

Si se trata de pensar, no es de extrañar que la filosofía permanezca abierta hacia lo otro, hacia lo diferente, hacia lo que no es filosofía y que, sin embargo, no por ello deja de afectar al pensamiento. Deleuze se refiere en varias ocasiones a la no-filosofía, destacando la importancia de su intervención en el proceso de creación conceptual que es propio de la práctica filosófica. No hay más que pensar en los clases que impartía Deleuze en la Universidad de Vincennes, clases bulliciosas, multitudinarias, abiertas a todo tipo de público, donde lo que importaba no era el estudio de las doctrinas, sino la posibilidad de los encuentros, la riqueza de las perspectivas y de los agenciamientos creadores. Refiriéndose a aquellos cursos, Deleuze comenta:

«Allí fue donde me di cuenta de que la filosofía no requiere únicamente una comprensión filosófica, por conceptos, sino también una comprensión no filosófica, por afectos y perceptos. Los dos

aspectos son necesarios. La filosofía mantiene una relación esencial y positiva con la no-filosofía: se dirige esencialmente a no-filósofos»

Para Deleuze, la filosofía se alimenta de su confrontación con la ciencia y con el arte, porque las ideas filosóficas vienen tanto de la historia interna de la filosofía como de estas disciplinas. Y entre ellas, la literatura ocupa un lugar privilegiado, por su capacidad para donar nuevas visiones (perceptos) y crear devenires que desbordan los sentimientos (afectos) en un medio sintáctico, dando lugar a un lenguaje de sensaciones que la filosofía intercepta desde su práctica de creación conceptual. El vínculo filosofía-literatura no corresponde a una relación subordinada de la literatura a la filosofía, ni tampoco a la inclusión de la filosofía como subgénero literario, sino que encuentra su tensión productiva en la intersección o superposición. La filosofía como dominio productivo y creador, inventa conceptos y crea figuras para interrogar las prácticas literarias creadoras de perceptos y afectos. Concepto, percepto y afecto, son potencias inescindibles que van de la literatura a la filosofía y viceversa. Sobre este tejido de relaciones, Deleuze reivindica una nueva imagen del pensamiento, de la cual la literatura se convierte en una pieza esencial por su capacidad de componer, más allá de toda representación, máquinas de delirios, afectos, sensaciones y signos que constituyen en sí mismas protocolos experimentales para el devenir del pensamiento y de la vida.

Aquí es donde se pone de relieve la figura del escritor, así como la defensa de un nuevo concepto de escritura. A modo de resistencia frente a la cultura del *best-seller* y la falta general de creatividad literaria en la época contemporánea (época en la cual las únicas novedades, salvo contadas excepciones, se encuentran en el cambio de disposición y colorido de los escaparates de las librerías), Deleuze exige otras condiciones para la creación literaria, reivindicando la escritura como diferencia de los modelos dominantes al uso. Escribir no es poner en palabras una verdad preexistente que se ha alcanzado como fruto de un esfuerzo intelectual, ni tampoco consiste en transmitir un conjunto de vivencias personales. La escritura, cuando es buena, no se refiere a la experiencia acumulada, sino a la experimentación, y por eso es mucho antes una búsqueda que un saber personal, un proceso creativo antes que un esfuerzo de fijación. Todas las grandes obras literarias surgen de manera inesperada, como un acontecimiento de sentido previamente inexistente que abre el campo de nuestra experiencia más allá de los límites reconocibles. La literatura que merece ser llamada como tal no representa lo real sino que lo produce, es decir, interviene en la realidad

antes que referirse a ella o a nosotros mismos. Esto es plenamente coherente con un pensamiento que no concibe la escritura como una serie de signos dispuestos paralelamente a una realidad a la que supuestamente representaría. En este sentido, Deleuze reconoce la existencia de una dualidad entre estados de cosas y regímenes de enunciación, entre cuerpos y signos; pero niega que estos niveles se dispongan en series paralelas en las que los segundos representarían a los primeros. Los signos no representan la realidad, sino que componen lo real como una de sus partes. Por eso la conquista del escritor comienza por el lenguaje, por la ruptura de las estructuras convencionales del lenguaje que permiten la creación de nuevas lenguas, así como la creación de nuevos mundos entrevistados a través de la escritura.

La escritura así concebida es lo que permite a Deleuze referirse a la literatura como una «iniciativa de salud», y al escritor como médico de sí mismo y del mundo. La literatura tiene esta capacidad consistente en producir nuevos seres de sensación que, más allá del dominio de lo personal o autobiográfico, o de una actividad meramente descriptiva, pueden contribuir a la creación de nuevas posibilidades para la vida social y política del hombre. De ahí surge el concepto de *máquina literaria* como propuesta teórica que va a ahondar en esa dirección, porque lo importante de toda escritura es su funcionamiento, su aspecto productor y no representativo. Al concebir la literatura como una máquina, se pone de relieve su funcionalidad, su capacidad para crear conexión con otros flujos, con otros códigos, en disposiciones siempre renovadas que no dejen de producir nuevas posibilidades de vida. Se pone aquí de relieve el pragmatismo radical de Deleuze. Porque, como él mismo nos dice, un libro debe ser funcional, debe servir como «una caja de herramientas». En un libro no hay nada que explicar, nada que interpretar, nada que comprender, porque lo importante es si funciona o no funciona. Y si no funciona, lo mejor es escoger otro libro.

Deleuze se remite en sus análisis literarios a los escritores que han sabido hacer de la escritura una máquina, un ensamblaje de conexiones múltiples que hacen del cosmos un universo vivo, palpitante, y al hombre un agente colectivo de liberación. La máquina literaria es revolucionaria, colectiva, capaz de crear líneas o flujos que no pertenecen ya a sujetos ni objetos porque forman parte del puro campo de inmanencia que es la vida. Surge así el concepto de *líneas de fuga* como producto de una escritura capaz de transformar los códigos y contenidos mayores que aprisionan la vida del hombre. Deleuze piensa estas líneas de fuga que la literatura produce como vías clínicas de salud, como líneas o flujos que pertenecen a los deseos puros, es decir, a los deseos sin

mediación interpuesta por las máquinas represoras (como la máquina capitalista). El deseo y las líneas de fuga convergen así en la máquina literaria a través de la creación de los flujos liberados en la escritura. Cuando las máquinas represoras no logran disponer el deseo de tal manera que sea posible controlarlo, este prolifera como libre producción que actúa por fragmentación y mezcla, por descomposición y conexión para la creación de asociaciones inesperadas, transversales, donde se trata siempre de evitar cualquier detención o estancamiento en beneficio de la continuidad de los procesos creativos. Así actúa la máquina literaria en favor de los devenires del hombre. Deleuze acentúa su función clínica □ la salud como literatura □ por su capacidad para combatir contra los bloqueos y detenciones, auténticas enfermedades sociales que impiden el movimiento de los flujos del deseo. La literatura puede mostrar las posibles líneas de fuga por las que transitar en busca de nuevas regiones. Sin embargo, no está exenta de paradojas esta búsqueda, ni carente de peligros este camino, demasiado expuesto a los peligros de la locura y de la muerte.

En este punto el pensamiento de Deleuze se nos antoja extremadamente paradójico, precisamente en el momento que quiere responder a la pregunta que más le importa ¿Qué es pensar? Porque pensar es resistir □ se nos dirá □ , resistir contra la opinión dominante, contra la información redundante de nuestra época, contra la saturación de palabras y estereotipos vacíos de contenido...Y, sin embargo ¿cómo resistir con un pensamiento que se desplaza constantemente? ¿cómo pensar la resistencia a partir del estímulo de una escritura que nos arrastra constantemente hacia el límite? Las grandes obras nos conectan siempre con el *afuera*, con las visiones y audiciones que componen el *afuera*. Pero eso que se encuentra más allá de la línea de lo visible y de lo audible en una época determinada, está también en el límite mismo de lo que se puede pensar y sostener en esa época. Por eso nos dice Deleuze que el escritor (incluido el filósofo) es una especie de vidente atravesado por alguna cosa que es demasiado poderosa para él, y que no pocas veces acaba por desbordarlo.

«(El escritor) goza de una mala salud irresistible, que procede de aquellas cosas que ha visto y oído, cosas demasiado grandes para él, demasiado fuertes, irrespirables, cuya travesía le agota, otorgándole, sin embargo, devenires que una gran salud dominante habría hecho imposibles»

Nos movemos aquí en un difícil equilibrio, porque Deleuze sitúa la escritura en un límite, tan cerca del sentido como del sinsentido, tan cerca de la salud como de la

enfermedad, tan cerca de la vida como de la muerte. La apuesta por este tipo de escritura tiene sus riesgos, porque es creación, experimentación que embarca el cuerpo en devenires difíciles de transitar. Se puede llegar a morir como el capitán Achab persiguiendo a *Moby Dick*, arrastrado por una línea demasiado violenta. Todo pensamiento que pueda denominarse como tal, toda escritura verdaderamente creativa, cabalga sobre estas líneas de fuga en busca de vías de resistencia y de salud frente a los dispositivos de poder que inmovilizan los procesos de crecimiento y afirmación de la vida. Pero para ello debe enfrentarse en el otro extremo al propio caos, lugar de velocidades infinitas cuyos efectos devastadores atacan peligrosamente la posibilidad de toda consistencia. Ante este extremo, muy a tener en cuenta en un pensamiento que apuesta por el riesgo de la experimentación constante, Deleuze señala:

«Sería preciso franquear la línea y, al mismo tiempo, hacerla susceptible de ser vivida, practicada, pensada. Hacer de ella, en la medida de lo posible y durante todo el tiempo que fuera posible, un arte de vivir».

Una vez más, el puente tendido entre el arte y la vida, puente de ida y vuelta que hay que recorrer como apuesta central de un pensamiento con el que hay que seguir pensando, porque su mayor virtud consiste precisamente en hacernos pensar, y en este sentido se nos presenta como una fuente inagotable.

## **Bibliografía**

- Alliez, E. (1997): *Gilles Deleuze. Une vie philosophique*, Les empêcheurs de penser en rond, Paris.
- Aragüés, J.M. (1997): *Gilles Deleuze. Un pensamiento nómada*, Mira editores, Zaragoza.
- Deleuze, G. (2002): *Proust y los signos*, Editora nacional, Madrid.
  - (2002): *Diferencia y repetición*, Amorrortu, Buenos Aires.
  - (1989): *Lógica del sentido*, Paidós, Barcelona.
  - y Claire Parnet (1988): *Diálogos*, Pre-textos, Barcelona.
  - y Félix Guattari (1985): *El AntiEdipo*, Paidós, Barcelona.
  - (1995): *Conversaciones*, Pre-textos, Valencia.

- y Félix Guattari (1993): *¿Qué es la filosofía?*, Anagrama, Barcelona.
- (1996): *Crítica y Clínica*, Anagrama, Barcelona.
- Navarro, A. (2001): *Introducción al pensamiento estético de Gilles Deleuze*, Tirant lo blanch, Valencia
- Pardo, J.L. (2002): *Deleuze: violentar el pensamiento*, Ediciones Pedagógicas, Madrid.
- Rajchman, J. (2004): *Deleuze. Un mapa*, Nueva visión, Buenos Aires.
- Schérer, R. (1998) : *Regards sur Deleuze*, Kimé, Paris.
- Tudela, A. (2005): *Escrituras de la diferencia. El desplazamiento de la identidad en Deleuze y Derrida*, Fundación Universitaria Española, Madrid.
- Zourabichvili, F. (2004): *Deleuze. Una filosofía del acontecimiento*, Amorrortu, Buenos Aires.